

Caja 53 - N° 1095
Ej. 301 - 7608



Caja 53-Nº 1095 Leg 15.

Caja 331. n. 7608

MONUMENTO ZARAGOZANO

DEL AÑO 312 QUE REPRESENTA

LA ASUNCION DE LA VIRGEN.

POR

D. AURELIANO FERNANDEZ-GUERRA Y ORBE.



MADRID:

TIPOGRAFÍA DE PASCUAL CONESA,
Calle de la Justa, n.º 23.

—
1870.

I.

La heroica poblacion á quien Roma y Cartago podrian apenas exceder en presentar coronas de mártires delante de Jesucristo el día del juicio universal, como se adelantó á decir el príncipe de los poetas cristianos Aurelio Prudencio Clemente; la ciudad que por su acendrado rendimiento y culto á la Santísima Virgen, es famosa en todo el orbe; Zaragoza, en fin, posee la joya artistica más antigua quizá de las que han llegado hasta nosotros, donde representó la escultura el instante en que la Madre de Dios fué elevada á los alcázares del cielo.

Por mucho tiempo abrigué la persuasion de no ser único y solo en nuestra España este monumento zaragozano, y de que tenia compañero en la primer capilla á la entrada de la nave izquierda de la catedral de Astorga. Allí, con efecto, guardábase el arca marmórea que en el siglo IX, quizá, y en el pueblecito de San Justo de la Vega, se descubrió como á dos mil pasos hácia el Oriente de la ciudad, ofreciéndonos seis representaciones sagradas. Hablaron de ella con entusiastas y exagerados elogios nuestro cronista Ambrosio de Morales y D. José María Quadrado (1); pero sin dar la explicacion de las figuras. Deseando yo y necesitando conocerla, pedí noticias y un ligero dibujo á persona muy distinguida en bellas artes y letras; y por haber padecido

(1) Morales, *Crónica* XV, 32.—Quadrado, *Recuerdos y Bellezas de España*: Asturias y Leon, 422.

mucho el grupo último, al extremo derecho del relieve, creyó mi docto amigo ver en el mármol, y yo en su rasguño de lapiz, representada la Asuncion donde segura é indubitadamente se esculpió el sacrificio de Abraham. Así acaba de aparecer á mis ojos, traída que ha sido el arca, obra del siglo IV, al Museo arqueológico de esta córte. Debo por lo tanto rectificar las especies que á fines de 1866 aventuré en la magnífica obra de los *Monumentos arquitectónicos de España*, publicada por el Gobierno, de donde se reprodujeron en el *Bulletin monumental* de Monsieur Caumont.

Es, pues, único y solo el monumento español que representa la ASUNCION DE LA VIRGEN; y existe en el centro del muro del Sur ó sea del lado de la epístola, en las catacumbas de Santa Engracia de Zaragoza.

II.

BASÍLICA Y MONASTERIO DE SANTA ENGRACIA DE ZARAGOZA.

La edetana ciudad de *Sálduba*, que Augusto en su nono consulado (25 años antes de nuestra salvacion) repobló con veteranos de las legiones IV, VI y X, y por él se dijo *Caesaraugusta*, vino á ocupar una tercera parte de la moderna Zaragoza; y se levantaba inmediatamente sobre la márgen derecha del rio Ebro, á cuatrocientos pasos de la orilla izquierda del Huerva, allí donde éste le rinde el caudal de sus aguas. Preferíala nuestro San Isidoro á todas las poblaciones españolas, por la amenidad del sitio y su regalo y delicia, y por los *sepulcros de santos mártires que la ilustran* (1).

Como á quinientos pasos hácia el Sur de la ciudad antigua y á ochenta de la referida márgen del Huerva, se labró el año de 312 de nuestra salvacion una Iglesia subterránea en las mismas cavernas donde nueve años antes la piedad cristiana habia depositado, primero las reliquias de diez y ocho mártires, y luego las

(1) *Ethim.* I, 287.

de aquellos innumerables que en seguida sacrificó también la fiera astucia del presidente Daciano.

Tendida de Ocaso á Oriente la *Basilica Sanctorum decem et octo Martyrum*, sustentábase por veinte y dos columnas de orden compuesto y de muy preciado jaspe, que se han conservado hasta los días aciagos de la invasión francesa en este siglo.

En medio de la nave mayor aparece coronado con su brocal el hondo y santísimo pozo lleno de despojos humanos, sobre el cual arde perpétuamente una lámpara. Junto á los muros se ven once arcas de mármol lisas, que se construyeron por los primitivos cristianos para las santas masas. Y en lugares preferentes se colocaron entonces dos riquísimas urnas marmóreas con representaciones del Antiguo y Nuevo Testamento, que aun subsisten: la del testero principal, destinada á contener el virgíneo cuerpo de *Santa Engracia*, y la del muro de la derecha las reliquias de los *diez y ocho mártires*. En esta última fué donde figuró el cíncel la ASUNCION DE LA VIRGEN.

Todo se guarda y reverencia hasta hoy en día; y de las dos arcas marmóreas hace mención la oda hermosísima de Aurelio Prudencio Clemente, escrita á fines del cuarto siglo, en alabanza de los diez y ocho mártires zaragozanos. Con separación habla de uno y otro magnífico sepúlcró (A):

*Bis novem noster populus sub uno
Martyrum servat cineres sepulchro.*

.....
*Hic et Encrati recubant tuarum
Ossa virtutum.*

.....
*Nos pio fletu, date pertuamus
Marmorum sulcos.*

.....
*Sterne te totam generosa sanctis
Civitas mecum tumulis.*

(A) *Peristephanon*, iv, 16, 28, 49 y 50.

Sobre la referida cripta, labrada á principios del siglo IV, edificó un monasterio é iglesia el obispo de Zaragoza San Braulio, cuyo pontificado hubo de durar desde 631 á 651; y allí hasta el año 646 fué monje el bienaventurado Eugenio III, de donde le sacaron para gobernar la diócesis toledana. Pues antes de este año precisamente debió escribir el Santo un epigrama en que canta la *Basilica de los diez y ocho mártires* y los dos marmóreos sepulcros (1):

Incolit hoc templum sat felix turba piorum.

Hic montes sacros virtutum culmine celsos,

Unica ter senos continet urna viros.

Hic etiam compar meritis Enkratia martyr

Sorte sepulcrali dissociata iacet.

En fin, dos importantísimos documentos mencionan también uno y otro sepulcro, á saber: primero, el misal muzárabe ó sea el mismo gótico aprobado en el Concilio IV de Toledo, año de 633, y que en gran parte ya entonces peinaba canas de admirable antigüedad; y segundo, el código toledano de las misas de San Ildefonso. Ambos monumentos contienen la misa de Santa Engracia ó sea de los diez y ocho mártires zaragozanos, mucho más aumentada, como es de suponer, en el libro de San Ildefonso. Del *Missale Muzarabicum* se ha estado custodiando religiosamente por espacio de once siglos, en el archivo de la metropolitana iglesia de Toledo un antiquísimo código membranáceo, escrito por los años de 790, nada menos, y del cual sacó una copia el jesuita Marcos Burriel, con facsímile de la primera hoja, hecho por el célebre Palomares (2).

En la misa *De Sancta Engratia, vel XVIII Martyribus Caesaraugustanis*, que se compuso teniendo á la vista el himno de Prudencio Clemente y el epigrama de San Eugenio III, se afirma que «apenas la misma ínclita Roma, cabeza de la Iglesia ca-

(1) *Opera*, I, 7.

(2) Biblioteca Nacional, D d, 65.

tólica, podrá vencer en número de mártires á *nuestra Zaragoza*;» y que esta ciudad conserva «en un mismo túmulo las reliquias de sus diez y ocho bienaventurados, asi como cerca de él las cenizas de aquel ejército innumerable sacrificado por el furor de Daciano.» Ni olvida que el cuerpo de la «bendita Engracia, como de sexo diferente, yace en urna separada, pero bajo las bóvedas del mismo templo: porque no fué diferente en el ánimo, y fué igual en la entereza á los diez y ocho varones que lograron la victoriosa corona y palma del martirio (4).»

Como se ve, pocos monumentos artísticos de nuestra España poseen tan primitivos y seguidos testimonios de su existencia, cual estas dos arcas de mármol zaragozanas, destinadas á guardar una los huesos de Santa Engracia, otra las reliquias de los diez y ocho mártires. Prudencio, que aun vivia y contaba sesenta años de edad en el de 408, las menciona con distincion; San Eugenio III las nombra tambien antes del año 646; y San Ildefonso, entre los de 657 y 667.

Pero en los infelicísimos tiempos en que junto con su independencia y libertad perdió España el tesoro de su fé, abriendo las puertas de la patria al bárbaro africano y doblando la cerviz miserable ante el mahomético yugo (castigo merecido á nuestras ingénitas discordias y genial corrupeion), se temió por aquellas sagradas reliquias zaragozanas; y la piedad de los monges trató de evitar que se profanasen. Aún todavía sin embargo, no era tan grande la barbarie que se gozase en despedazar los templos del Señor, y se ensañara con detestable codicia en desenvolver hasta los más profundos cimientos, arrojando en muladares las cenizas

(4) *ul ipsa via omnium in sacerdotio caput inclityta Roma Martyrum numero nostramque adsuperare Caesarangustam, dum illa utique caput geminum beat. Apostolorum triumpho, et ista una ex membris novem simul et decem Martyrum victorias titulo cum corporibus servet uno* (Fol. 459).

INLATIO..... *quique etiam nostrae huic Caesarangustiae bis novem Martyrum numerum uno tumulatum sepulchro ad custodiam contulisti, praeter illud interemptum agmen innumerabile, quod vesanus furor traditur peremisse....* (462).

Sic sacram animae tecam tumulo semotam (Engratiam), non loco, disparem seavi, non animo, sub unius templa tecta recondunt, ut par illis existeret sepultura, quibus par fuerat victoriae palma (464).

de los que descansaban y dormían el sueño de la muerte á la bienhechora sombra del santuario.

Seis ocasiones únicamente registra la historia en que pudieron los monges hacer la ocultacion de los venerables restos. Primera, cuando las huestes invasoras se adelantaban desde Andalucía, disponiéndose (como dice Isidoro de Beja, testigo de aquel siglo calamitoso) «á despoblar á hierro, hambre y cautiverio la antiquísima y florentísima ciudad de Zaragoza, ya de par en par abierta al enemigo por inescrutables juicios de Dios» en 713. Segunda y tercera, cuando en 753 y 755 fué sitiado allí As-Somail por los yemeníes. Cuarta y quinta, viéndose perseguido Al-Arahí en 782 por Abdo-r-Ráhmen I; y en 791, por las tropas de Hixem I, los secuaces de Zuleiman. Y sexta, defendiéndose en la ciudad zaragozana, año de 917, Mohámmad ben Háxim Al-Tochibi contra el califa cordobés Abdo-r-Ráhmen III (1). La tradicion aragonesa fija la época de la ocultacion en el tumultuoso reinado del primer califa de Córdoba (2). Me parece muy verosímil.

Entonces, ó en cualquiera otra de estas seis ocasiones fué cuando los monges abrieron dos muy profundas zanjas en el suelo de la cripta, y soterraron las once arcas lisas de piedra y las dos esculpidas urnas, cubriendo á la vez el pozo atestado de despojos humanos (3).

Sin embargo, justo es confesar que los árabes durante los cuatro siglos de su dominacion en Zaragoza respetaron religiosamente el culto cristiano y con especialidad aquella basílica y monasterio.

La cual ya dije que se denominaba, segun el testimonio de San Eugenio III, *Basilica Sanctorum decem et octo Martyrum*; al monasterio le llaman *de las santas masas* (*Sanctarum Massarum Monasterium*) el concilio de Jaca de 1062, el Papa Gregorio VII, Alfonso I de Aragon al librar la ciudad para siempre del yugo mahometano en 1118, y el Sumo Pontífice Adriano IV en 1158.

(1) Isidori Pacensis episcopi *Chronicon*, 36.--Anónimo, *Ajbar Machmúa*, 65, 70, 113, 119, 157.

(2) Abarca, *Reyes de Aragon*, I, 22.—Marton, *Real Monasterio de Santa Engracia*, 344.

(3) *Codex Sanctorum Caesaraugustanorum*, die 13 Martii, *lectio* VI.

Por fin, acorralados ya los agarenos en un rincón de Andalucía y asegurado con ello el triunfo de la Cruz, se trató en el siglo XIV de reedificar suntuosísimamente el monasterio de las Santas Masas. Y como para su disposición y solidez fuese necesario alterar la primitiva forma de la cripta, se cuidó antes de todo buscar las reliquias, perdida la memoria del sitio puntual en que se escondieron. Hízose la escavación con esmero indecible á presencia de las autoridades y personas más ilustres de la ciudad; y á 13 de Marzo de 1389 parecieron el pozo santo, las once arcas de piedra lisas, llenas de huesos y de santas masas, y los dos ricos sarcófagos de mármol. Las lecciones quinta y siguientes del antiquísimo *Códice de los santos zaragozanos* conservan la relación puntual de tan fausto suceso; así como el Padre Leon Benito Marton, prior de aquel monasterio, y su verídico y puntual cronista, certificó en 1737 que en las figuras de los dos sarcófagos no había ocasionado la piqueta del trabajador ni la imperfección más pequeña (1). Como si acabaran de salir del obrador del artífice veíanse á principios del siglo actual.

Quando el feliz descubrimiento de 1389, se hallaron en la primera de las dos urnas huesos de solas diez y siete personas, por haberse sacado de allí el cuerpo de uno de los diez y ocho mártires.

Dentro del segundo sarcófago ostentaba escrito una pequeña lápida muzárabe de alabastro:

LUPERCI
MARTIR :

ENGR A:
TIE; VIRGIN
IS

y abierto le hallaron bísomo, esto es, dividido en dos senos con un esqueleto en cada cual de ellos. ¿Cuándo se puso á Luperco en la urna marmórea de Santa Engracia? ¿Por qué? Sabría-

(1) Marton, 59.

moslo, á existir memorias de los muzárabes zaragozanos (1).

Sesenta y un años duró la construcción y perfeccionamiento del *Real Monasterio gerónimo y parroquia de Santa Engracia de Zaragoza*. La cual, y para largas edades, llegó á ser iglesia privativa del obispado de Huesca desde el concilio de Jaca del año 1062, cuando la ciudad del Ebro, todavía de agarenos, se miraba tributaria ya de los monarcas de Aragon.

Resulta por ello que desde los primeros siglos hasta hoy han sido tres los nombres de aquel devoto santuario: *Basilica de los diez y ocho mártires*, durante la época visigótica; *Monasterio de las Santas Masas*, durante la cautividad muzarábica; y *Real Monasterio y Parroquia de Santu Engracia*, en los tiempos modernos.

Tan suntuoso edificio permaneció en pié desde 1450 hasta el día 4 de Agosto de 1808 en que las bombas francesas le redujeron á cenizas (2). Flaquearon las delgadas columnas de la cripta, y desplomándose las bóvedas mutilaron lamentablemente las figuras de ambos bellos sepulcros.

Terminada la guerra, hidalgos y plebeyos, mujeres y hombres, rivales en piedad y fé, descombraron por sus propias manos el santuario y le reconstruyeron pobremente. El suelo quedó un poco más alto; sustituyeron pilares revestidos de yeso á las columnas romanas y góticas; y á las famosas pinturas murales, la humilde cal y el ocre (3).

Forma hoy la cripta un paralelogramo de 20,^m 050 de largo, por 17,^m 038 de ancho, con tres puertas de ingreso en el muro occidental; delante del cual se estienden un muy amplio vestíbulo y el coro. Hállase éste dividido de la iglesia por el mismo vestíbulo, aunque dando vista al altar mayor, como es de suponer. Sostiénense las bóvedas del templo en veinticuatro pilares de ladrillo que responden á otros tantos machones (muy salientes los de los costados) adheridos á los muros; con lo que vienen á re-

(1) *Codex Sanctorum Caesaraugust.*, lect. V. et seqq.

(2) *Resúmen histórico del primer sitio*: Valencia, imprenta de Miguel Domingo, año de 1809, pág. 20.

(3) Campo, *Memoria sobre el santuario de los innumerables mártires*: Zaragoza, por Mariano Miedes, 1819.

sultar de Oriente á Ocaso cinco naves, y siete de Norte á Mediodía. En el muro de la izquierda ó sea el del Norte, aparecen tantas capillas, como naves; y desnudas las capillas de los extremos, las otras ostentan cinco sepulcros lisos y llenos de reliquias. Sucede lo propio en el muro de la derecha; pero el sarcófago del centro, guardando huesos mayores, es nada menos que la urna de los diez y ocho mártires, labrada el año de 312, con valientes relieves, y entre sus figuras la ASUNCION DE LA SANTÍSIMA VIRGEN.

El muro de Oriente, cabecera de la basílica, muestra vacíos los huecos de los extremos, bien que en el primero está la puerta de la sacristía. Los tres del centro se enriquecen con sarcófagos: el de Santa Engracia en medio, notable por sus preciosas esculturas, obra también del año 312; los de uno y otro lado lisos. En la nave principal que es mayor que todas (3,^m 060 de ancho), y allí donde se cruza con la cuarta de las costaneras, álzase el brocal del santísimo pozo atestado con cenizas de mártires, y sobre él la lámpara continuamente encendida. En el crucero inmediato, ó sease el de la nave principal con la quinta, la bóveda está abierta para que entre la única luz que recibe la basílica.

Descrita ya y conocida su historia, cúmpleme hablar pocas palabras del sarcófago de Santa Engracia, para examinar con detención los importantes relieves de la urna de los diez y ocho mártires.

III.

SARCÓFAGO DE SANTA ENGRACIA.

Alto 0,^m 069; el mismo ancho; largo 2,^m 04. Ocupa el centro del testero en el muro de Oriente, y sirve de mesa de altar; pero no goza el público de esta escultura por cubrirla un pesado frontal de madera.

Obra elegante, concluida y correcta, deja sin embargo entrever la decadencia del arte.

Sus veinte y cinco figuras, de tanto relieve las principales,

que brazos y cabezas quedaron desprendidos del fondo, componen ocho representaciones bíblicas, análogas á las de los sarcófagos del Vaticano y del cementerio de San Calixto, que trae Aringhi (I, 313 y 615). Hélas aquí:

Moisés hiriendo la roca de Horeb.—La negacion de San Pedro.—Jesús prediciéndole que por tres veces le negará: el gallo está á sus piés.—Una orante, en el centro del relieve, entre varios apóstoles; Pedro, el más próximo, tiene al lado la piedra angular, símbolo de la Iglesia.—El ciego de nacimiento.—Las bodas de Caná de Galilea.—La multiplicacion de los panes y peces.—La resurreccion de Lázaro.

IV.

SARCÓFAGO DE LOS DIEZ Y OCHO MÁRTIRES.

Alto 0.^m 69; igual ancho; largo 4.^m 73. Colocado en el centro del muro del Sur. Muchas de las figuras, en manos, brazos y cabezas, son casi de bulto redondo. Ofrece estas representaciones:

Costado derecho, para quien mira. El pecado y castigo de Adan y Eva. Írguese enmedio el árbol del Paraíso, y en él enroscada la serpiente. Adan cúbrese con la hoja de higuera; en su diestra mano teniendo la fruta prohibida, y á sus piés, junto al árbol, atado ya un haz de trigo. Al lado opuesto hace lo mismo Eva; á cuyos piés echado un corderillo la mira de hito en hito, y detras de ella, indignado el Eterno Padre, apretando en su izquierda el rollo de la ley.

Costado izquierdo. En medio la figura del Redentor, mancebo sin barba, con el cabello largo, envuelto en la toga y desnudos los piés, coje amorosamente con su diestra el haz de trigo que Adan sujeta con igual mano, como si mostrase el Divino Salvador que se hizo partícipe de los trabajos y miserias de nuestra humanidad; y con la izquierda levanta el corderillo que Eva tiene asido tambien, para recordar que por la general redencion se

ofreció voluntaria víctima en sacrificio. Detrás de Adan apareció un anciano tocándole en el hombro. ¿Será el Eterno Padre, cuyo brazo izquierdo con el rollo de la ley no puede verse? Yo diría que sí. ¿Tal vez será Isaac, emblema de víctima inocente? ¿Será el Divino Precursor Juan el Bautista? En 1737 mostraba unos antiguos letreros la urna, hechos con tinta negra, pero de ningun modo se crea que abiertos á buril; y corrian por la faja superior del relieve, pocos por la inferior. Sobre el anciano resaltaba este nombre ISAC; encima de la cabeza de nuestros primeros padres la inscripcion ADAN—EVVA; sobre la del Redentor, con apariencia de estrella dentro de un cerco, el monograma de Cristo.

Mármoles descubiertos en Roma junto á la iglesia de San Sebastian (1), nada menos que tres, y el recién hallado al abrir los cimientos para el tabernáculo de San Pablo, extramuros, nos brindan con igual representacion. La cual, siguiendo el parecer de Aringhi, observo que esplican todos los sábios arqueólogos cristianos por la sentencia que impuso Dios al hombre y á la mujer de ganar el sustento con el sudor de su rostro: *In sudore vultus tui vesceris pane*. Pero como de la manera más clara y vulgarmente recibida se encuentra ya esculpido esto mismo en el costado derecho de la urna zaragozana, tengo que descifrar por camino diferente el pasaje histórico, diferente tambien, del opuesto lado. Yo diría que representan esas cuatro figuras del Padre y del Hijo y de Adan y Eva, la reconciliacion del hombre con Dios, por medio del mismo Dios hecho hombre.

Borrados los letreros y el monograma de Cristo cuando la restauracion del año de 1814, se ha escrito única y disparatadamente sobre la figura de Eva el nombre de FLORIA.

Frente principal. En el centro la ASUNCION DE LA VIRGEN. A María tiene asida de la mano derecha una mano entre nubes, mientras Pedro y Juan se muestran absortos.

Los pasajes bíblicos de la primera mitad del relieve son los siguientes: La mujer sirofenisa del flujo de sangre, cuyo milagro cantó Prudencio Clemente (2). Arrójase á los piés del Salvador,

(1) Aringhi, I, 613, 621 y 623.

(2) *Cathemerinon*, IX, 44.

el cual tiene en su izquierda el rollo de la ley, tocando con su mano derecha la cabeza de la mujer.—Una orante colocada entre San Pedro y San Juan.—El Eterno Padre, con el libro de las Sagradas Escrituras, alargando su diestra mano para recibir á María cuando es elevada á los cielos.

En la segunda mitad del relieve (y despues de las figuras de Pablo y Juan, que forman parte del grupo de la Virgen María en su Asuncion gloriosa), Cristo, como siempre, ostentando el rollo de la ley, da vista con los dedos cordial é índice de la mano derecha al niño ciego de nacimiento.—Las bodas de Caná de Galilea. El Salvador tocando con su vara cinco hidrias que aparecen en el suelo.—Nuestro Señor, descojido el rollo de la ley en su mano izquierda, predica no haber venido á destruir la ley y los profetas, sino á cumplirla.

Un genio desnudo en cada ángulo de la urna hace ademán de sostener la pesada cubierta, cuyo grueso mayor es el de 0, ^m 15.

Primitivamente debieron estar coloridas algunas partes de las figuras (1); y de antiguo, en los bordes superior é inferior del relieve se leyeron hasta 1808, como ya se ha dicho, varios nombres escritos con tinta negra. Sobre Jesús curando á la mujer del flujo de sangre, dando vista al ciego, y convirtiendo el agua en vino, aparecia el ya referido monograma dentro de un cerco y á manera de estrella. Debajo de la mujer sirofenisa púsose el epígrafe MARTA, por quien imaginó ser aquella la hermana de Lázaro saliendo al encuentro de Jesús y pidiéndole que resucitara al muerto. Encima de una cabeza que asoma detrás del Redentor, escribieron IZO. Sobre el anciano que está á la derecha de la orante, ARON; encima de esta, INCRATIVS; y á sus piés, ZACO; y sobre el jóven colocado á su izquierda, PETRVS.

A la Santísima Virgen que sube á los cielos, el epígrafe la calificaba de FLORIA (recuérdese que se trasladó este nombre desde 1814 á la Eva del costado derecho, sustituyéndole otro). El anciano puesto á su izquierda, segun el rótulo de arriba, era PAV-

(1) Marton, *Oríjen y antigüedades del subterráneo y celeberrimo santuario de SANTA MARÍA de las santas Masas*, 60.

LVS, segun el de abajo, ZO. Al jóven que asoma sobre el ciego de nacimiento se le llama XVSTVS; y al que contempla el milagro de las hidrias, FACCEVS; y en fin, MVSES al Redentor predicando.

Los restauradores de 1814 barajaron todos los letreros, acabaron con sus terminaciones en *us*, y ya no se encuentra ninguno en su antiguo sitio. Sobre la Asuncion escribieron XUSTO; sobre las bodas MUSES-ARON; sobre la predicacion ZACO.

Mi amigo el doctor D. José García, que no hace mucho ha reconocido la cripta, gozándose en remitirme un plano de ella, fineza que sobre manera le agradezco, halló recientemente pintorreada al óleo la urna, y con ello cubiertos y embotados todos los primores de ejecucion; y que á buril se han abierto los nombres en los sitios elegidos por el capricho de los restauradores de 1814.

Tales nombres sostuvo en 1737 el padre Leon Benito Marton, prior dos veces del monasterio de Santa Engracia, que eran de mártires zaragozanos.

Yo creo que en los tiempos visigóticos estuvo escrita en el borde superior del arca marmórea la explicacion de los asuntos bíblicos allí representados, y por aventura en el borde inferior una deprecacion á los diez y ocho mártires.

Gastados por la humedad los rótulos durante cinco siglos que permanecieron soterrados ambos sarcófagos, nada se pudo sacar en limpio en el de Santa Engracia el año del descubrimiento; y al reproducir los más íntegros del de los diez y ocho mártires sin entender los letreros, vinieron á trastocarlos y descoyuntarlos. Donde tal vez se escribió primeramente

* SYROPHOEN(*isa*) INCARNATIO PETRVS MARIA PAV-
LVS * CAECUS * GALILAEVS

borrhagearon en 1389

* IZO ARON INCRATIVS PETRVS FLORIA PAVLVS
* XVSTVS * FACCEVS MVSES.

Y pusieron MARTA... ZACO... ZO donde diria por aventura:

MARTIRES DECEM ET OCTO ORATE PRO NOBIS.

Sin embargo, el ilustrísimo caballero Juan Bautista de Rossi, una de las glorias más altas de la cristiana arqueología, me escribe llamándome la atención sobre otra conjetura que pudiera ser más aceptable.

El sábio italiano advierte que hay dos clases de imágenes en los sarcófagos.

Las unas pertenecen al séquito y cortejo de apóstoles, patriarcas y santos en cuya compañía se dirige á las puertas del Paraíso el alma que animó á esclarecida persona, cuyos despojos yacen en rico sepulcro de mármol. Tal pudo ser en un principio el destino del de Zaragoza: y haberse querido figurar allí poniendo arriba sus nombres, á Moises (MVSES), Aaron, Job (ZO), Jacob (ZACO), Pedro, Pablo; Zaccheo, el rico jefe de los alcabaleros de Jericó, por Jesús convertido (FACCEVS); Justo, el celeberrimo Papa segundo, de este nombre; y santa Engracia, que esa estima fiel interpretacion del nombre INCRATIV(*m*). Total 9 figuras de bienaventurados.

La segunda categoría de imágenes se refiere á escenas evangélicas de la redencion prometida, y del Redentor operante y milagroso.

Añade el eminente arqueólogo que el Salvador tiene siempre el rostro juvenil y los cabellos largos; y que sobre su cabeza se colocó en nuestro sarcófago la que dentro de un cerco parece estrella, y no es sino combinacion en cruz y enlazadas de la I y de la X, monograma de Cristo, notísimo sobre todo en los monumentos de Ravenna.

Que en el relieve de la urna de los diez y ocho mártires se haya querido reunir ambas clases de imágenes, poniendo en primer término las escenas evangélicas, y en más ó en ménos secundario lugar el séquito de personajes del antiguo y nuevo Testamento, es observacion acertadísima. Que el escultor, en la necesidad de llenar y armonizar los huecos entre uno y otro de los pasajes donde se representaron milagros de Jesús, gustase de que las figuras armónicas de meros espectadores viniesen á ser congruentes á la índole del sepulcro, es muy fundada conjetura. Que pretendiera recordar con ellas el venturoso cortejo de apóstoles, patriarcas y mártires invocado en las oraciones ante un moribundo, muy especialmente segun las antiquísimas preces li-

túrgicas, es docta y satisfactoria explicacion. Y que el artífice se contentase, por ejemplo, con no poner de Job sino la cabeza, bien que esta y el nombre no hablasen tanto á los sentidos como imaginarle al vivo, con sus llagas en el muladar y por sus amigos severos estrechado, segun le ofrece en Roma el célebre sarcófago de Junio Baso, no ha de causarnos extrañeza. Sin embargo, sí la tiene para mí el contemplar á Moises envuelto en su toga, con ademan oratorio, descansando en los embozos su mano derecha, y abandonada la izquierda en que muestra descojido el rollo de la ley. Desentiéndome de que su rostro sea juvenil, y largo el cabello pues en el romano cementerio de San Calixto aparece sin barba, al descalzarse ante la zarza que ardía en el monte Horeb; prescindo de que allí carezca de pálio, y solo muestre simple túnica adornada con dos fajas de púrpura; y por último, de que nuestros sarcófagos españoles siempre nos le den anciano y con barba. Pero confieso que me hace poca fuerza el nombre de Moises escrito con tinta negra en el borde sobre la última figura del relieve, y que la actitud no es ninguna de las que ostenta Moises en todos los sarcófagos cristianos y pinturas hasta hoy conocidos: ni está en el Horeb descalzándose, ni en el desierto hiriendo la peña, ni en el Sinaí recibiendo las tablas de la Ley. Írguese con una apariencia inusitada de orador ateniense, á la manera que nos presenta á Jesús la notable urna marmórea de Hellin, existente en la Academia de la Historia. Por lo cual, y por ser esta figura idéntica en un todo á las otras tres que en el relieve zaragozano indican evidentemente á Nuestro Señor Jesucristo, concluyo que tambien esta es una imágen del Salvador.

Pero ya basta de tan minuciosos pormenores, que han sido precisos para conocer bien el monumento.

Le he descrito á presencia de un buen dibujo que poseo de mi malogrado amigo el pintor D. Victor Manzano calcando otro, excelente, original del distinguido profesor D. Bernardino Montañés, que disfruté por obsequio afectuosísimo de mi docto compañero en la Real Academia de la Historia D. Vicente de la Fuente.

Réstame demostrar que una de las historias en él representadas, es con efecto la ASUNCION DE LA VIRGEN.

V.

CUÁNDO Y PARA QUIÉN FUÉ LABRADO EL SARCÓFAGO DE LOS DIEZ Y OCHO MÁRTIRES.

Alguien podría suponer de los siglos III ó IV los nombres escritos con tinta negra en el borde superior é inferior de la escultura, cuyo genuino carácter de letra es ya imposible averiguar por haberse borrado, barajado y puesto de nuevo las inscripciones en 1814, como también se debieron borrar y rehacer en 1839. Quien así lo estimase vendría seguramente á creer que en su origen el monumento se destinó para una dama cristiana de nombre FLORIA; que su imagen (la que está debajo de este letrero), y no la Santísima Virgen María, es quien ocupa el medio del relieve entre los apóstoles Pedro y Pablo; y que en la mano que parte del cielo se quiso de signar la introducción del alma de Floria en el Paraíso y á la presencia divina.

Opinion semejante me obliga á tratar y resolver una cuestión prévia.

¿Guardó ó no el arca las reliquias de los diez y ocho mártires? Sobre esto me parece no haber disputa, por ser hecho notorio, comprobado y evidente. Lo demuestra el antiquísimo leccionario de Zaragoza, en el siglo XIV; y el misal muzárabe, en el VIII. Testificánlo Ildefonso y Eugenio, en el VII; y á fines del IV, Aurelio Prudencio Clemente, es decir, en el mismo siglo en que padecieron aquellos cristianos varones.

¿Fué por encargo especial labrada la urna, ó se eligió de entre las que ya tenía para la venta un escultor ó un mercader? Llamo la atención, antes de todo, sobre la circunstancia de titularse *Basilica Sanctorum decem et octo*, según Eugenio III (640-646), la cripta labrada en 312 allí donde se depositaron los cuerpos de estos mártires, el de Engracia y los de tantos otros innumerables como sacrificó la bárbara y tiránica ceguedad de Daciano. De modo que para la Iglesia de Zaragoza, en el gran día del triunfo y de la paz, los diez y ocho varones como los primeros en derramar su sangre por la verdad cristiana, tuvieron el lugar *preferido*; y así de ellos solos tomó nombre la basilica.

Este sepulcro sería entonces el altar de privilegio para celebrar el incruento sacrificio, rogando á Dios el sacerdote, *per merita Sanctorum quorum reliquiae hic sunt*, que le perdonase sus pecados. Juzgo, pues, lo más verosímil que monumento de importancia tal para los zaragozanos, se construyese de intento y por artífice de fama en la ciudad.

Coincide con esta conjetura una observacion artística no desatendible. De las trece urnas marmóreas colocadas en la cripta, únicamente dos tienen relieves, lisas las demás. Pero la de Santa Engracia y la de los Mártires, que son las ricamente esculpidas, se labraron por cinceles distintos: el de aquella, más diestro y elegante; el de esta, menos acostumbrado, menos valiente y correcto; allí es más apretada la composicion; aquí más suelta: allí, al disponer los asuntos y al trazar las figuras, no se aparta el escultor ni una línea de la pauta romana; y á cada instante aquí la olvida: en el sarcófago de Engracia, la orante del centro no difiere de la que ostentan los sepulcros del Vaticano y del cementerio de San Calisto (4); en el de los diez y ocho mártires muéstrase enteramente nueva. En el de Engracia la orante puede muy bien y debe reputarse la misma santa; en el de los diez y ocho varones, la orante central no es posible que tenga con ella relacion inmediata. Un sepulcro da señales claras de haberse hecho *ad hoc*; pero no el otro. El arca de la mártir no hay reparo, pues, en conjeturar que se adquirió de entre muchas construidas por buenos artífices italianos ó españoles, y almacenadas para la venta; mientras su compañera, la principal de la cripta, la que habia de guardar bajo una misma losa despedazados cuerpos de diez y ocho varones, parece natural que se esculpiera de intento.

Sin embargo, faltando escultor en Zaragoza el año 312, ¿es inverosímil que para los diez y ocho mártires se aprovechara el sepulcro de una dama llamada Floria? Entendámonos. ¿Sacando de allí el cadáver de la mujer cristiana y sustituyéndolo con el sagrado y numeroso depósito? Entonces se habria comenzado por borrar el nombre de FLORIA escrito con tinta negra en el borde.

(4) Aringhi, I, 643, y 645.

Pero véngamos á cuentas.

Ó la urna se labró en 312, ó antes, ó despues. Despues, no es creible, porque en ella el arte no ha llegado aún á la deplorable decadencia á que vino á parar inmediatamente en España; y sobre todo, porque tenemos un coetáneo y elocuentísimo testimonio, el de Prudencio:

*Bis novem noster populus sub uno
Martyrum servat cineres sepulchro.*

Si se hizo en 312, no hay que preguntar para quién. Pero ¿ si era más antiguo? Si lo era, de ningún modo ni una ni otra de las orantes pudo representar á Engracia (INCRATIVM, como se pudiera explicar el letrero), pues no fué martirizada sino pasado Abril de 303 en que padecieron los diez y ocho varones, y antes de Mayo de 305, en que cesó la bárbara persecucion contra los fieles de Cristo (1).

Pues supongamos que ninguna orante es INCRATIVM, Engracia, y que ambas se refieren á dos cristianas damas, quizá hermanas, ó hija y madre, para las cuales se erigió el monumento. Suposicion semejante nos llevaría al despropósito de que una orante apareciera introducida ya en la gloria celeste y á la presencia de Dios por la mano que baja de las nubes; mientras no habia llegado aún para la otra aquel momento dichosísimo. Es decir, que de ellas, segun el artifice, está una en pena y la otra en gloria.

Dando á los letreros mayor importancia de la que tienen realmente, ó llegan á verbenear dificultades insolubles como las ya apuntadas, ó á incurrirse en absurdos como el de Fray Benito Marton, que sin más apoyo que los letreros fantaseó doce mártires Zaragozanos de la persecucion de Marco Aurelio, año 179, nombrados Izo, Aron, Incracio, Pedro, Floria, Paulo, Xusto, Faceo, Muses, Martha, Zaco y Zo, cuyos huesos dice vinieron á encerrarse en este «peregrino sepulcro de misteriosas efigies» (2).

(1) *España sagrada*, XXX, 253 y 259.

(2) Marton, 57.

El mármol, artística é historicamente considerado, no se labró ni antes de la primera década del siglo IV, ni despues de la tercera; y se destinó desde luego á los diez y ocho mártires.

Tomando este punto de vista, á que llevan todos los documentos críticos más seguros, creo llana la explicacion de las figuras; y mucho más despues de haber visto el sepulcro asturicense, y resultar que la orante asida por la mano del Altísimo, es peregrino ejemplar, único y solo en este sarcófago de Zaragoza.

VI.

ORANTES.

He sido el primero que llamó la atencion de los doctos sobre la particularidad de haber en España un sarcófago cristiano del año 312, donde la mano de Dios levanta á los cielos una mujer, representacion de que no existe en parte alguna otro ejemplar idéntico. Soy el primero y quizá el único tambien que juzga estar figurada en esa efigie la ASUNCION DE LA SANTÍSIMA VIRGEN MARÍA.

Pinturas murales, sarcófagos y vasos de vidrio perfilados de oro conserva Italia en pasmoso número, donde aparece una mujer, elevados los ojos al cielo, estendidas hácia él sin ostentacion y con modestia las manos, cual si actitud semejante fuese inspirada por la contemplacion profunda del sacrosanto madero de la Cruz.

Cuál de estas orantes suele indicar en las catacumbas *el alma cristiana* que animó un dia yertos despojos de la muerte; y el epitafio nos dice su nombre: Bellicia, Caiano, Constancia, Decia, Fautina, Leon, Marcela, Prisco, Ruperto, etc.

Cuál, como en el sepulcro de Eutropia, con las palomas y palmas simboliza tal vez *la oracion*, el dolor, el gemido, la resignacion, el triunfo (1).

(1) Boldetti, 329.

Cuál se refiere á una *santa*, acompañada á veces ; y para que sepamos á quien representa, lleva por ejemplo la inscripcion: AGNE.

Cuál por último figura á la *Virgen María*, sola ó por lo comun entre San Pedro y San Pablo ; y el epigrafe en letras de oro dice: PAVLVS-MARIA-PETRVS.

Muchos relieves sepulcrales hay en Roma, en cuyo centro se ve esculpida (no á medio busto dentro de un clipeo, medallon, concha ó corona de laurel, sino de cuerpo entero), una orante acompañada tambien de los apóstoles Pedro y Pablo.

Estas imágenes, como asimismo las cabezas de los bustos en el clipeo central (díceme el sabio Director de las catacumbas), se han hallado muchas veces en esbozo, sin concluir, indicadas no más las líneas principales del rostro, para que el artífice pudiera luego dar á aquel bulto el mismo aspecto, la misma fisonomía, trasformarle en verdadero retrato de la persona cuyo cuerpo habia de yacer en el sepulcro.

De donde resulta: 1.º Que habia talleres ó fábricas de urnas sepulcrales ricamente labradas y de varias clases, para que pudiera escojer el comprador. 2.º Que los artífices, como es de suponer, tambien las harian de encargo y dado el asunto por los mismos compradores. 3.º Que por lo general el escultor disponia y combinaba de su propio ingenio y gusto las escenas evangélicas de la redencion prometida, y del Redentor operante y milagroso. 4.º Que en el centro de la composicion, ya de cuerpo entero, ya en busto, solia dejarse preparada una figura, á quien fácilmente convertia luego el cincel en retrato del muerto. 5.º Que esta figura, siendo de cuerpo entero, se dibujaba en actitud orante. 6.º Que en igual actitud se pintaban y esculpian los bienaventurados y la Santísima Virgen. 7.º Que por ello sin mucha advertencia y consideracion no se debe calificar una orante como efigie de Nuestra Señora la Virgen María, ni de este ó aquel santo, ni de esta ó aquella alma esclarecida y cristiana. 8.º Y que solo un detenido estudio del monumento y de las memorias que de él han llegado á nosotros, es quien puede conducirnos á la más satisfactoria esplicacion.

VII.

LA VÍRGEN ENTRE APÓSTOLES.

Resuelto que desde 312 á 330 lo más tarde, se esculpió esta urna marmórea con especial destino á custodiar los cuerpos de los diez y ocho mártires valerosísimos cristianos, veamos quién puede ser la primera de las dos orantes del relieve, la cual tiene á su diestra un anciano y un mancebo á su izquierda.

¿Será el alma de una mujer devota que mandó labrar ó costó la urna? Entonces no aparecería confundida entre los grupos bíblicos formando parte integrante de ellos. Los ex-votos no tenían para la pintura y escultura del siglo IV las condiciones con que los vemos desde el XIV en adelante. El retrato del devoto en un cuadro ó relieve, estívese costumbre de la Edad Media y del Renacimiento.

¿Será una imagen simbólica? ¿La oracion? ¿El alma aspirando al cielo? Aquí en este relieve no tiene lugar la figura meramente moral ó alegórica, pues el símbolo complejo y fecundo en enseñanza cristiana, resulta en cuanto se suman todas las significaciones parciales de los siete hechos históricos; estando tan estrechamente unidas la historia y la alegoría, que no se puede concebir la una sin la otra, ni admitirse figura moral aislada de un hecho histórico verdadero que le infunda vida.

A pesar de todo, ¿simbolizará la Iglesia católica? Así lo sostuvo en 1737, respecto de la orante del centro en la urna de Santa Engracia ya mencionada, el Prior Leon Benito Marton, como descubrimiento suyo y contradiciendo á Paulo Aringhi (1). No hubo más fundamento para ello que el comentario de San Jerónimo al versículo 16 capítulo XI de los *Proverbios*, donde aquello de *Mulier gratiosa inveniet gloriam*, lo entiende el Santo Doctor *pro Sancta Ecclesia, quae in praesenti gratia Dei charismatum donis repleta est*.

Pero las imágenes simbólicas de la Iglesia son harto conocidas

(1) Marton, 38.

y vulgares: el arca de Noé que salvó al género humano en el diluvio universal; Susana librada por la inteligente sagacidad de Daniel, personificación de la Iglesia combatida por fariseos, gentiles, herejes, ateos, indiferentes, falsos hermanos, y siempre triunfante del infierno; el buen Pastor; el cordero de Dios, sobre el ara ó sobre el monte de los cuatro rios paradisiacos; la viña; el áncora; la nave combatida por la tempestad; la piedra angular; la columna. Sin embargo, el doctísimo Rossi nos brinda con el ejemplar, único en mi noticia, de la orante que por las manos del sacerdote ofrece el sacrificio eucarístico (1); caso en que no estamos respecto del sarcófago de los diez y ocho mártires, donde las orantes son dos, y muy diversa la escena en que cada cual interviene.

¿Qué explicacion pudiera tener en este relieve la Iglesia figura moral, con circunstancias tan diferentes en los dos pasajes, entrometida al azar entre asuntos históricos, llanos, claros y conocidos? ¿Qué querrá decir la figura moral Iglesia, primero entre un anciano y un mancebo, y despues en el centro de la escultura, asida por una mano que parte del cielo y á presencia del Eterno Padre que parece llamarla á sí? ¿A qué representacion semejante, inusitada, nueva, ininteligible, sin ejemplar ninguno en España y Francia, ni en Italia donde residió siempre la cabeza visible de la misma Iglesia? ¿Cómo suponer en tanta oscuridad y sin unidad ni congruencia el símbolo? Es buscar nudos al junco pretender ver la Iglesia, figura moral, en este sarcófago.

La orante en fin, ¿será una Santa? ¿Será una mártir? ¿Cuál? Los diez y ocho mártires para quien se labró arca tan suntuosa eran todos varones. Así lo dicen las actas: *Illustrium virorum decem et octo, vesanae crudelitatis adspiratione, effudit* (Dacianus) *sanguinem innocentem*. Así consta por el testimonio de San Eugenio III:

Unica ter senos continet urna viros.

Con lo cual queda respondido el Padre Marton, que soñó en una *Floria*, mártir zaragozana, á quien conforta en sus penas el

(1) Rossi, *De Christianis monumentis IX^oYN exhibentibus*. 1, 2.

cielo; figurado por la mano, ó se le anuncia con Job (XIV; 15) que en la resurrección universal le alargará Dios su diestra poderosa (1).

Sin embargo, ¿será Engracia? Ni el orden de los tiempos ni el ingenio del artífice dejan suponer que se esculpiera la santa en un relieve donde no se figuró á ninguno de los diez y ocho varones que le dieron ejemplo de fé incontrastable, á saber: Optato, Luperco, Succeso, Marcial, Urbano, Julio, Quintiliano, Publio, Fronton, Félix, Ceciliano, Evoto, Primitivo, Apodemio y los cuatro Saturninos Casiano, Matutino, Fausto y Enero (2).

Todo esto es quererse romper la cabeza por tinieblas y lobre-gueces, huyendo el sol de la verdad.

En fin; ¿será la Virgen María? Si en las siete representaciones ó historias esculpidas en este mármol se repitió cuatro veces la efigie de Cristo, ¿por qué no pudo serlo dos veces Nuestra Señora?

En ambas orantes ven mis ojos la Madre del Redentor: en el primer pasaje, cuando su desamparo y soledad, despues de la crucifixion, acompañada de Pedro, cabeza de la Iglesia, y de Juan, hijo adoptivo de María y personificación del género humano. Sin embargo, los vidrios que ha publicado el doctísimo Padre Garrucci (3) la dibujan entre San Pedro y San Pablo; y el letrero **INCRATIO (¿INC^AR^NATIO?)** que hoy se lee sobre la imagen en el borde superior del monumento pudiera hacer sospechar si alguien hubo de creer hallarse representado allí el misterio de la Encarnacion del Hijo de Dios. ¿Supuso la piedad en el anciano á José y en el mancebo al angel? Nunca figuró así este misterio la escultura primitiva cristiana; y por el contrario, muchas orantes en forma parecida nos ofrecen los mármoles de Roma.

Si con efecto la intencion del epigrafista fué poner *Incratio*, hizolo en el convencimiento de que dos de las historias del frente principal de la urna eran referentes á la Virgen María; y á su juicio y á toda luz, la *Encarnacion* y *Asuncion*, supuesto que la Iglesia española en sus más antiguos tiempos solo tuvo esas dos

(1) Marton, 66.

(2) Prudencio, *Peristephanon*, IV, 37 á 42.—San Eugenio, *Opera*, I, 7.

(3) IX, 6, 7, 8, 10 y 11.

festividades de la Virgen, compendiándose en la de la Asuncion todas las de nuestra Corredentora Inmaculada y Santísima.

Mi opinion, ya lo he dicho y trataré de justificarlo adelante, es que se propuso el artífice recordar el desamparo y soledad de María.

VIII.

LA ASUNCION DE LA VIRGEN.

La segunda de las dos orantes, asida por una mano entre nubes, y que está en medio del relieve, es la Virgen María en su Asuncion á los cielos.

No ha de causarnos extrañeza seguramente ver en un sarcófago cristiano de España una representacion que hasta hoy no tiene compañera.

Cierto que comenzando por los anillos de los primeros cristianos cuyos signos recuerda Clemente Alejandrino, y acabando por la ornamentacion característica de templos y sepulcros, todo estuvo sujeto desde un principio á reglas hieráticas, fijas y constantes, admirables por su unidad, encadenamiento y armonía; pero dentro de la unidad fué lícita la variedad.

Cierto que los artífices pintaban, grababan ó esculpian empapados en el espíritu de la Iglesia, á ella sujetos, y por ella siempre dirigidos; pero no desconoce nadie que tuvieron racional libertad para satisfacer dentro de aquella pauta la especial devocion y necesidades de una ciudad ó provincia.

No de otra manera podria explicarse la afinidad portentosa que con los sarcófagos de Italia tienen los de Francia y España. Pero tampoco, sino así, podria explicarse que rara vez hallemos en los sarcófagos italianos y sí muchas en los de Francia el paso del mar Rojo, la portentosa lluvia de codornices sobre los israelitas en el desierto de Sin, la historia de Susana, la resurreccion de Cristo y ciertos milagros de los apóstoles.

Sí en 342 el hecho glorioso de la Asuncion de Nuestra Señora la Virgen María estaba admitido por gran parte de la Iglesia,

¿qué reparo ha de haber en que, así como los franceses figuraban en sus sarcófagos la resurrección de Cristo, hiciesen esculpir los zaragozanos el instante en que es arrebatado á los cielos el cuerpo virginal de María?

Ya por aquellos tiempos el arte pintó en las catacumbas de San Lorenzo en Roma, la coronación de la Virgen. En medio del fresco descuella frondoso árbol; á su diestra, un hombre en actitud orante junto á una mujer, de quien por haberse desconchado el muro no queda sino la mitad inferior del cuerpo; y al lado opuesto, dos mancebos ponen corona real en la cabeza de pudorosa matrona (1).

Pero lo nuevo y peregrino seguramente en el mármol de los diez y ocho mártires de Zaragoza consiste en que la mano de Dios asga la diestra de una orante.

Nunca el arte primitivo hizo intervenir la mano del Eterno en la leyenda, sino en la historia; rara vez en la alegoría.

Siempre los primeros cristianos rehuyeron cuanto les fué posible representar al Eterno Padre en figura humana entera. Supliéronlo con el símbolo de la mano entre nubes, indicando ser Dios incorpóral é invisible, y que se nos muestra por sus obras. En semejante jeroglífico seguían además las Santas Escrituras donde la palabra *mano* significa dominio y poder, y expresa la *Omnipotencia divina*.

Con una mano, pues, venían á personificarla antes del siglo IV los pintores y escultores, porque según las enérgicas palabras de San Agustín repugnaba al espíritu cristiano cuanto pudiera tender á materializar la divinidad.

Sin embargo, desde la paz de la Iglesia, pintan y esculpen los monumentos citados por Bottari y Brunati al Eterno Padre en figura de anciano (2). Perteneciendo la urna de Zaragoza á ese período de transición, presenta al mismo tiempo la *figura* y el *símbolo*: éste, en el momento de la Asunción; aquella, al par del símbolo, y en la historia del pecado de Adán, que muestra el costado izquierdo del sepulcro.

(1) *Storia dell' Arte*, t. IX. Pitture delle Catacombe di S. Marcellino, del Crocifisso e di S. Lorenzo. Dal IV al V secolo.

(2) Bottari, *Sculture e pitture sagre estratte dai cimiteri di Roma*, tab. 54, 84 y 87.—Brunati, *Dissert. Bib.*, XXI, 363.

Recuerdo las siguientes historias en que el arte cristiano hizo intervenir la mano simbólica :

- 1.^a Para arrojar á nuestros primeros Padres del Paraíso (1);
- 2.^a Para detener la cuchilla de Abraham levantada sobre el cuello de Isaac (2);
- 3.^a Para ordenar á Moisés que se descalce en el monte Horeb ante la zarza que ardía sin consumirse (3);
- 4.^a Para mandarle herir con su vara la peña á fin de que de ella brote manantial copiosísimo (4).
- 5.^a Para darle en el Sinaí las Tablas de la Ley (5);
- 6.^a Para salvarle en el tabernáculo contra la furia de la amotinada plebe después de la sedición de Coré, Dathan y Abiron (6);
- 7.^a Al conceder á Josué la victoria contra los cinco reyes cananeos (7);
- 8.^a Al ser Elías arrebatado á los cielos (8);
- 9.^a En el bautismo de Jesús (9); y
10. En la Ascension del Señor (10).

Alegóricamente hallo empleada la mano :

- 1.^o Bajando entre nubes para colocar una láurea sobre la cabeza de Constantino, á quien la Iglesia debió la paz (11);
- 2.^o Teniendo abierto el Libro de la Ley sobre el Príncipe de los Apóstoles, para mostrarle depositario de la verdad cristiana (12); y

(1) MS. griego del *Génesis*, en la Biblioteca Imperial de Viena.

(2) Bottari, t. 43 y 89.—Perret, II, 61.

(3) Perret, I, 57.

(4) Aringhi, I y II.

(5) Bottari, t. 403, 443, 428, etc.

(6) Ciampini, *Vetera monimenta*, I, 62.

(7) Ciampini, I, 64.

(8) *Storia dell' Arte*, 34.

(9) Ciampini, II, 5.

(10) *Storia dell' Arte*, 43.

(11) Reverso en los dos grandes medallones de oro de su hijo Flavio Julio Valerio Constancio, posteriores al año 337, que guarda el Museo de Viena. Cohen, VI, 278.

(12) Mosáico del V siglo en Santa Sabina de Roma. Ciampini, I, 47.

3.º Apareciendo con una corona para remunerar las virtudes de algunos santos (1).

Pero no encuentro ni me recuerda el sábio Rossi un solo monumento del arte en que la mano celestial asga la diestra de una mujer; y sin embargo, existe uno en que ase la de un hombre. ¿Y quién es este hombre? Jesucristo, subiendo á sentarse á la diestra de Dios Padre. ¿Quién, pues, ha de ser en el mármol zaragozano aquella mujer, sino María asunta á los Alcázares del cielo?

Con efecto, para descifrar la escultura zaragozana bríndanos con el apoyo más eficaz una miniatura de la Biblia de San Pablo extramuros de Roma, códice el siglo IX (2). Figúrase la cumbre de un monte. Por bajo de ella se ven la cúpula y torres de suntuoso palacio ó templo con sendos laureles á los lados. En la cima del monte, Nuestro Señor Jesucristo rodeada del nimbo su cabeza y con la cruz en su izquierda, alarga la diestra á una mano celestial, que ase de él para remontarle á las nubes. Un ángel á cada lado consuelan á María que está en actitud orante, y á los once apóstoles, los cuales alzando las manos al cielo, de donde cae una lluvia de rosas, parecen exclamar:

¿Y dejas, Pastor Santo,
tu grey en este valle hondo, oscuro,
en soledad y llanto;
y tú, rompiendo el puro
aire, te vas al inmortal seguro?

Por debajo del Salvador, entre los laureles y el templo, leemos la siguiente inscripcion:

ASCENDIT XPS
IN ALTUM

Con lo dicho se evidencia, á mi juicio, que la mano de Dios asiendo la de una mujer, solo ha de tener explicacion satisfacto-

(1) Bottari II, 102; Ciampini II, 16, 24, 35, 47 y 53.

(2) *Storia dell'Arte*, 43.

ria despues de la Ley de Gracia, cuando atrajo á los cielos el immaculado cuerpo de María.

Este suceso, y no otra cosa ninguna, fué lo que pretendió y pudo repretar el arte cristiano del siglo IV en la urna de Zaragoza. Así mezcló lícitamente semejante pasaje con otros de la Sagrada Escritura, apretando y vigorizando más el símbolo complejo de toda la composicion. Por eso debia complacerse, y con efecto lo hizo, á raiz de la paz de la Iglesia y de su triunfo, en interpretar el inmenso júbilo de los cristianos. Por ello con la mujer del flujo de sangre dió bulto al símbolo misterioso de haber sanado los gentiles cuando los judíos perdieron la fé, cayendo estos y levantándose aquellos. Por eso en el ciego de nacimiento presentó á la humanidad perdida entre tinieblas; y ya, gracias á la Divina Misericordia, abiertos los ojos á la eterna y salvadora luz de la verdad. En el agua convertida en vino significó la providencia de Dios, siempre solícita de nuestro bien en todas las necesidades. Y en el centro de la composicion vino á colocar á la Madre de Dios y Madre nuestra, cuando es elevada á los cielos para vivir en cuerpo y alma y reinar por los siglos de los siglos, exaltada sobre los coros angélicos, entre las vírgenes clarísima, entre los mártires la más resplandeciente.

Con ello patentizaban las artes zaragozanas el patrocinio de Maria, el amor y veneracion antiguos y vehementes que le profesaba aquella ciudad y España entera, y el hecho indudable de que en la festividad de la Asuncion compendió nuestra primitiva iglesia española todas las de la Virgen. Efectivamente, en los primeros siglos y en los visigóticos y muzárabes solo aparecen dos festividades de Nuestra Señora en misales y breviarios: *Dies Sanctae Mariae*, la Anunciacion de Nuestra Señora y Encarnacion del Hijo de Dios; y *Dies Assumptionis Sanctae Mariae*, el 15 de Agosto (1).

No se pierda de vista que la advocacion con que se menciona el subterráneo zaragozano en los documentos de la edad muzárabiga, debió ser probablemente la misma que tuviera en los

(1) *Missale Muzarabicum e vetustissimo codice membranaceo Bibliothecae Almae Ecclesiae Toletanae Hispaniarum Primatis caractere gothico scharato descripto* (de fines del siglo VIII). Biblioteca Nacional, Dd, 65.

tiempos más remotos. Decíase Santuario de *Santa María* de las santas masas; aun cuando la basílica y monasterio edificado sobre la cripta llevasen como llevaron otros nombres. Pero volvamos á nuestra escultura.

Hizo más el artífice. Pusó juntas la *Soledad* y la *Asuncion* de Nuestra Señora; y en el extremo de la composicion á Jesucristo, desplegando con el rollo de la Ley los arcanos de las Sagradas Escrituras, donde Soledad y Asuncion estaban profetizadas.

De este modo parecia prorrumpir la Virgen en aquellas proféticas palabras del Salmista (1):

«¿Qué hay en el cielo para mí, sino tú; y sin ti, qué encuentro ya sobre la tierra? Mi alma corre exhalada en pos de la tuya; tu diestra me ha cojido ya. *Tu diestra asió de la mia*; á tu voluntad me llevaste á tí, y en tu gloria me recibiste!»—Así parecia tambien exclamar Cristo (2): «Yo dije por el Rey profeta que el unigido de Dios, en quien moraba el Verbo, no padeceria corrupcion en el sepulcro. Yo le mandé que se levantara á su reposo» (que subiera á los cielos), «él y el *arca* de su santificacion» (su madre llena de gracia, escogida y bendita entre todas las mujeres). «Yo impuse al hombre el deber de honrar á su padre y á su madre. Yo no vine á destruir la ley y los profetas, sino á cumplirla» (3). «Ved cumplida mi palabra, lleno mi deber. Mirad como honro á mi madre; contemplad hoy á la gloriosa madre de Dios elevada de la tierra, trasportada en su propia carne, recibida en alegría por los cielos, colocada en el paraiso» (4).

Esta explicacion de la escultura, tan clara y manifiesta que desde luego salta á los ojos y convence y satisface el ánimo, es de interés sumo para la historia del arte cristiano y para ilustrar las antigüedades sagradas.

(1) *Salmos*, LXXII, 25 y 24; y LXII, 9.

(2) *Salmos*, XV, 40; y CXXXI. 3.

(3) *Exodo*, XX, 12; *Deut.*, V, 16; *Matth.*, V, 17.

(4) *Sermon* II, atribuido á San Ildefonso y que parece mucho más antiguo.

IX.

FESTIVIDAD DE LA ASUNCION.

Gozo verdadero han de tener los finos amantes de la arqueología cristiana contemplando en las partes occidentales del orbe de la tierra un monumento del año 312 con el jeroglífico de cuanto expuso quizá en la misma centuria Sofronio el Viejo, escritor griego premioso en el latin, á quien muchos han confundido con Sofrónio el Obispo de Jerusalem de los años 634 á 638, posterior á él casi tres siglos.

Sofronio el Viejo sostenia no poderse hacer nada en honra de la Madre de Dios sin que venga á ceder en gloria de Jesucristo. Es el autor del sermón *Ad Paulam et Eustochium, de Virginis Assumptione*, mal incluido entre los escritos de San Jerónimo (1); y allí hace ostentacion de creer que por Jesucristo fué el cuerpo de la Virgen llevado á los alcázares eternas; que así lo profetizaron las escrituras; aconseja que así se crea; pero teme no obstante inculcar la obligacion de afirmarlo.

Las más antiguas liturgias, del siglo V, nos brindan con la *festividad de la Asuncion*, patentizando que ya entonces se estimaba muy antigua. Y como no se halla instituida por ningun Concilio, es buena conjetura la que supone tradicion apostólica esta festividad. Opinion semejante se autoriza por el cánón augustiniano: *Quod universa tenet Ecclesia, nec Conciliis institutum, sed semper retentum est, nonnisi auctoritate Apostolica traditum rectissime creditur* (2).

La fiesta de la *Dormicion de la Madre de Dios* (Κοιμησις τῆς Θεοτόκου) se encuentra señalada ya para la iglesia griega en el *Typico* (especie de ordinario de los divinos oficios) compuesto por el abad San Sabas, año 485. Pero entiéndase bien, que no fué este santo quien redujo el primero á formas determinadas la

(1) T. XI.

(2) San Agustín, IV, 24, *Contra Donatistas*.

sacra liturgia griega; sino quien dispuso con cierto orden las fórmulas ya adoptadas anteriormente, y que por tradicion habia recibido de los santos monjes Eutimio y Teoctisto, los cuales vivieron á mitad del siglo IV, y las recibieron en el año 312 del santo confesor Caritonio (1).

Ni un solo padre griego duda ó siente diversamente de la corpórea Asuncion de María. Y observa con suma discrecion y tino el doctísimo señor Juan de Luca (en sus eruditos artículos insertos en la revista napolitana *La Scienza e la Fede*, intitulados *I voti de' cattolici e l' Assunzione di Maria Santissima*) que siendo tantas las sectas que surgieron y se separaron en tiempos de S. Sabas (siglo V), todas continuaron celebrando la *Dormicion de la Virgen*: lo cual prueba ser *tradicion apostólica*; pues ninguna secta habria conservado lo que estimase peculiar de la otra su enemiga. Con efecto, entre los cinco celebérrimos ayunos que, fuera del semanal de viernes y sábado, tenian los siros eutiquianos á mitad del siglo V, era el tercero el del tránsito de la Madre de Dios (*μετάστασις*), que empezaba la víspera y duraba quince dias. Lo mismo entre los siros nestorianos, que ofreciendo una torta, simbolizaban en ella el cuerpo de la bienaventurada Virgen. Salomon, Obispo nestoriano de Bassora, recogió la tradicion de haber sobrevivido María doce años á Jesús; y que no fué sepultada en tierra, sino llevada por los ángeles al Paraíso. Los coftos guardan en la Asuncion ó Resurreccion (*ἀνάστασις*) un ayuno de cuatro dias (2).

Añádase á todo esto que no hay una frase en tan pasmosa multitud de libros y manuscritos griegos como existen, que se pueda alegar para poner en duda este misterio. Y seguramente que Tillemont deslució su atinado y severo juicio crítico al pretender haber hallado una, en la carta que los Padres del Concilio de Éfeso (431) escribieron al clero y pueblo constantinopolitano, anunciándoles la condenacion de Nestorio. Lamentábanse de haber nacido la heregía nestoriana en Éfeso, allí donde el teólogo Juan y la Madre de Dios Virgen María habitaron, y tenian

(1) Giovanni de Luca, en la revista napolitana *La Scienza e la Fede*, IX, página 207.

(2) Luca, en la publicacion referida, IX, p. 209 y 210.

templos y el más esplendoroso culto. «Todavía se visita en Efeso con gran veneracion (dice Wagnerech) el sepulcro de María abierto en la roca; el cual para gloria y honor de Nuestra Señora, bendita sobre todas las criaturas, hoy mismo permanece vacío» (1).

La Iglesia griega, como tambien repara el señor de Luca, se ha distinguido por un ternísimo afecto hácia la Madre de Dios, y por un sentimiento muy alto de la grandeza de María. La llama «primicias de la inmortalidad; cielo animado en que se sentó Jesús, en vivos destellos de luz incomparable;» y le pide que, «para librarnos de las tentaciones, de las enfermedades y de los peligros, extienda suplicantes sus manos deíficas, aquellas manos que sostuvieron extasiadas al Criador de los cielos y la tierra.» San Cosme de Jerusalem canta la victoria que sobre la naturaleza humana alcanzó la Virgen; la cual para ser más semejante á su Creador é Hijo, fué sujeta como él á la ley comun de la naturaleza; pero de un modo superior á la naturaleza. «Mueres, y súbito, como tu Hijo resucitas á vida inmortal, porque el ejército de los espíritus incorpóreos, ascendiendo por los espacios celestiales, mostrabáse muy solícito de traer tu benditísimo cuerpo cuanto antes á los alcázares eternos.» Por último, el himnógrafo San José pondera no haber querido la Virgen privar á sus indignos siervos enteramente de la posesion del contacto de sus reliquias; «y ya que no tu immaculado cuerpo, dejaste á nuestra veneracion tus vestidos» (2).

La liturgia de la *Iglesia oriental* atestigua pues, constante y claramente, la creencia de la corpórea Resurreccion y Asuncion de la Virgen.

No sucede ménos en las partes de *Occidente*.

El antiquísimo Misal gótico-galicano, que segun los mejores cálculos se remonta al siglo V, nos dá ya la festividad de la *Asuncion* con muy notables oraciones (3).

Nuestro oficio eclesiástico, llamado gótico y tambien muzárabe, que compendió puede decirse todas las fiestas de la Virgen en la

(1) Luca, ya citado, IX, 208, 466 y 436.

(2) *La Scienza e la Fede*, IX, 450, 451 y 454.

(3) Muratori, *Liturgia Romana*, II, 346.

Asuncion á los cielos: *Assumptio Sanctae Mariae Matris Domini*, es una comprobacion de que en nuestra España existia muy de antiguo esta festividad. Nada obsta haber podido escribir para la misa del dia de la Asuncion, ó refundido alguna de sus antiguas oraciones, himnos y música, en la sexta centuria Pedro de Lérida, Martin de Dumio, Leandro é Isidoro hispalenses; y en la septima, Fulgencio de Ástigi, Conancio palentino, Juan de Zaragoza, y los toledanos Eugenio III, Ildefonso, Julian III y Félix, insignes varones que influyeron tanto en el oficio eclesiástico de España. Las dificultades que sobre su antigüedad remotísima propuso Cayetano Cenni, quedaron desde mitad del siglo anterior satisfactoria y cumplidamente resueltas por el sincero Enrique Florez (1).

En la oracion *Post nomina* (que San Isidoro llama *Pro offerentibus, sive pro defunctis fidelibus*, ordenada á pedir á Dios por los que ofrecen el sacrificio y por los difuntos, expresando sus nombres; la cual es de todas las de esta misa de Nuestra Señora, la más moderna á mi juicio, quizá del año 589, por que en ella se pide por el Monarca (¿Recaredo?), y se insiste contra el arrianismo,—hay las siguientes notables expresiones: «la gloriosa Virgen fué asunta por el unigénito de Dios, de ella hijo y Señor Nuestro, á las indescriptibles mansiones celestiales, allí donde se cree que ninguno de los hombres fué asunto jamás; y con escepcion de María, se sabe que no lo fué otra mujer ninguna» (2).

En el *Inlatio* (equivalente á nuestro prefacio, quinta de las siete oraciones componentes de la primitiva misa Española, y que tengo por más antigua oracion que la tercera acabada de citar) es muy notable lo que copio: «Antes de que venga Jesucristo, en el último dia del mundo, á juzgar á los vivos y á los muertos, mereció Nuestra Señora aquella dicha» (de entrar en cuerpo y alma por las puertas del Paraiso), «que se crée fué concedida á Enoch, y más seguramente á Elías, y que todavía con más certe-

(1) *España Sagrada*, III, 488, 498 y 234.

(2) *gloriosam Virginem assumpsisti Mariam per Unigenitum tuum Filiumque suum, Dominum nostrum, ad superam et inenarrabilem coeli sedem, quo nemo hominum creditur assumptus, nullusque praeter illam attolli noscitur sexus*. En el código, página 676.

za confesamos de Juan el discípulo amado de Jesús» (1). La diversidad que resulta de ambas oraciones, evidencia que pertenecen también á tiempos diversos.

Acerca de la Asuncion de Nuestra Señora, algo debe de haber en las obras de San Gregorio de Neocesarea y en las de San Atanasio, que ahora con este propósito no he tenido tiempo de registrar.

San Epifanio (320-403) explicando contra los herejes la epístola de San Pablo á los Galatas, proclama la Asuncion de María: *¿Quomodo non possidebit Maria Sancta cum carne regnum coelorum (2)?* Pero duda si murió la Madre Dios ó si permaneció inmortal; á lo que hasta hoy la Iglesia responde: *Quam pro conditione carnis migrasse cognoscimus.*

También me figuro que se ha de hallar comprobado este misterio por los Santos Jerónimo, Agustin, Gregorio el Magno y cuantos padres y expositores de los siglos IV, V y VI proclaman el dogma de la Concepcion inmaculada, tan íntimamente enlazado con el de la Asuncion de la Virgen.

Luego que se acabe de explorar de intento y con espacio la materia, quedará patente cuanto se equivocó Ruinart al decir que «el primero que afirmó en propios términos haber sido elevada á los cielos María en cuerpo y alma, no es otro que San Gregorio de Tours» (573-595); y que él no conoce sobre el particular autoridad más antigua.»

Se distrajo seguramente, por ser muy notorias las de Sofronio el Viejo, la del primitivo oficio gótico, y sobre todo, la de San Epifanio, el cual murió de 80 años en el de 403.

Para mí el dolo pio del evangelio apócrifo y de la leyenda son demostraciones palpables de cuán pronto se extendió entre los fieles la noticia de la Asuncion de la Madre de Dios, y se avivó la curiosidad de conocer todos los pormenores.

(1) *Illud enim vero, Domine, quod non dubium de Enoc creditur, et de Elia certius, et eo magis verius constemur de Johanne, vel Maria dicam, dicam hoc illi meruere ante sacrum adventum, quod et isti expertae sunt post eum patratum....* (Asi resulta de fidelísima copia.)

(2) *Sancti Epiphanií episcopi Constantiæ Cypri, Opera.* Colonia, 1617, ib. I, tom. III. p. 84; y lib. III, tom. II, 247.

A satisfacerla iba encaminado el libro *De transitu Beatae Mariae Virginis*, nada ménos que ya en el año 171, si con efecto lo escribió Meliton de Laodicea (1). Y á satisfacerla se dirigia la carta de Juvenal á los emperadores Marciano y Pulqueria.

En vano el Papa Gelasio (492-496) declaró apócrifo el antiqüísimo libro atribuido á Meliton.

En vano el sermon II *de Assumptione*, 2 (sin razon creido de San Agustín, siéndole posterior en dos centurias, puesto que en él se alaba á San Isidoro), advertia que «ninguna historia católica narra el modo con que penetró la Virgen en el celeste alcázar; que la misma Iglesia de Dios no solo rechaza los escritos apócrifos y anónimos que corren con infinitos pormenores del suceso, sino que confiesa ignorarlos. No debe el hombre fingir con mentira, llano y claro aquello que dispuso Dios que permaneciera oculto. *Vera autem de ejus Assumptione sententia haec esse probatur, ut secundum Apostolum, sive in corpore, sive extra corpus ignorantes, assumptam super Angelos credamus.*»

En vano San Ildefonso (657-667), ó mejor dicho, el desconocido autor de los ocho sermones *De Assumptione Beatissimae et Gloriosae Virginis Mariae*, que llevan su nombre, insistia en lo mismo «*ne videamur dubia pro certis recipere*» (2).

Los pormenores del libro escrito en la mitad del siglo II, apoyados seguramente por una muy extendida tradicion, se deslizaron en las obras de San Andrés de Creta (720), y en las de San Juan Damasceno (676-760); de donde se apoderaron de ellos en seguida el púlpito y las bellas artes (3).

Las bellas artes brindan al estudioso con la singular tabla Rútica, pintura al temple del siglo XI, que forma la lámina LXXXIII de la *Storia dell' Arte*; y con el preciosísimo cuadro de Andrés Mantegna, en el Museo Real de Madrid, número 887.

(1) Fabricio, *Cod. N. Test.* III, 533, en la *Bibliotheca Patrum*, Lyon, II, segunda parte, 211. Y en la *Bib. P. Concional.* de Combes, VII, 643.

(2) VI, 4.

(3) *Oratio I in Dormitione SS. Deiparae*, en la *Biblioth. Patrum*, X, 655.—*Homilia II Johannis Damasceni in Dormitione Beatae Mariae Virginis.*

X.

LA ASUNCION REPRESENTADA POR LA PINTURA Y LA ESCULTURA.

Pero, ¡cuán grato es ver cómo las bellas artes se inspiraron preferentemente en la más fiel tradicion! Atentas al espíritu, cuidanse poco de la forma durante la Edad Media. Mas desde el renacimiento se desviven por infundir en la sorprendente belleza externa del antiguo el espíritu de los siglos medios, de fé, de esperanza y caridad incontrastables. Ni un instante puede decirse que se ha interrumpido la tradicion más pura, pasando á través de los siglos, maravillosamente varia, y prodigiosamente siempre la misma. Deleite nos causa, y grande, reparar cómo aquello mismo que sintieron las bellas artes en el mármol de Zaragoza lo van trasmitiendo cada vez con mayor belleza á las siguientes edades.

Nada diré de la antiquísima, insigne pintura de la Asuncion, obra de los años 847 á 855 en la subterránea basílica de San Clemente, en Roma, que recuerda el pincel del beato Angélico di Fiésole.

Giunta Pisano (1230), en los frescos del templo de San Francisco en Asís, ha pintado innumerables coros de bienaventurados al rededor del vacío sepulcro de la Virgen. La cual, juntamente con su Hijo, que la abraza lleno de ternura, teniéndola asida de la mano, hiende los aires en un trono sostenido por ángeles.

No es ménos ingenioso el cincel de Andrés Orcagna (1359) en el bajo relieve de Or San Miguel en Florencia.

El Berna para los frescos del tabernáculo en la romana basílica de San Juan de Letran, escujo por asunto á Cristo coronando á su Madre vestida de reina.

Tadeo Bartoli (1413) en la casa consistorial de Sena, ha pintado el instante en que el alma de María vuelve á reunirse con el cuerpo. Estaba reclinada, y se comienza á incorporar; su vestido es de estrellas. Multitud de ángeles sobre sus alas hermosas como el iris la sostienen en parte; y en parte la atrae hacia sí el poder de Jesucristo. Ardiendo en amor, benignidad y ternura,

coje el Hijo entre las suyas las cruzadas manos de su Madre, cuyo rostro virginal admira y suspende por lo indescriptible de la expresion.

Una tabla de la primitiva escuela alemana en Munich;

El retablo de Domenico de Bartolo (1430), existente en el Museo de Berlin, número 4422;

Los frescos de Ghirlandaio (1475), en Santa María Novella en Florencia;

La composicion del soberano Rafaél;

El admirable lienzo que Tiziano pintó en 1616 para el altar mayor de los Padres conventuales de Venecia;

Y los cuadros de Anibal Caracci y del Guido en nuestro Museo Real, completan la tradicion artística unida estrechamente con la histórica, demostrando cómo en alas de la verdad sabe el ingenio realizar la mayor belleza. Cristo al lado de su Madre; Cristo cogiendo las manos de la elegida por Dios, asunta por Dios, llamada por Dios, próxima á Él, á Él adherida y con Él conjunta, como San Idefonso dice en su libro *De Virginitate perpetua S. Mariae, adversus tres infideles*.

No fueron ménos felices nuestros artistas españoles en representar hermosa é inspiradamente la Asuncion de María; y merecen muy especial recuerdo:

Antonio del Rincon (1446-1500), en la parroquial de Robledo;

El escultor Alonso Berruguete (1480-1561), en San Benito de Valladolid;

El mudo Juan Fernandez de Navarrete (1526-1579), en el Escorial;

Juan Martinez Montañés (1612), honor de la hispana escultura, en el monasterio jerónimo de Santiponce sobre las ruinas de Itálica;

Vincencio Carducho (1618), que se estimó español aunque nacido en Italia, enriqueciendo las Descalzas reales de Valladolid y el monasterio de Guadalupe;

Y en fin, mi compatriota Alonso Cano (1604-1667), al hermo-sear con siete admirables lienzos de la vida de la Virgen la capilla mayor de la Catedral de Granada.

Ya no hay para qué refutar hoy la ceguedad é ignorancia del fanatismo impío que no reconocia imágenes de la que llamaba

Diva, anteriores al Concilio de Éfeso; ni el error de los que soñaban que solo desde entonces la pintura y la escultura se gozaron en pintar á la Virgen Madre.

El ilustre director de las catacumbas de Roma, oráculo de la arqueología cristiana, el caballero Juan Bautista de Rossi, en sus *Imágenes selectae Virginis Deiparae* ha publicado alguna cuya antigüedad se remonta al periodo medio entre los Flavios y los primeros Antoninos (69-161); y en los cementerios de Domitila y de San Calixto las hay del siglo II, ó todo lo más muy de los principios del III.

Bien pudo por tanto el arte cristiano español esculpir la figura de la Santísima Virgen en el año 312, esto es, á principios del siglo IV; así como pudo representarla también en la Asunción á los cielos, supuesto que ya entonces era ésta muy extendida creencia entre los fieles, según se comprueba por San Epifanio y Sofronio el Antiguo.

Para que en el pontificado de San Gregorio Magno (590-604) fuese ya fiesta en toda la Iglesia el *transitus, dormitio, pausatio, assumptio Beatae Virginis*, debía existir en muchas naciones desde los tiempos inmediatos al suceso. La Iglesia proclamó el dogma de la Inmaculada Concepción á 8 de Diciembre de 1854. ¡Cuántas y cuán apartadas regiones le habían solemnizado en más de quince siglos!

Acabamos de ver cómo entre tantas legítimas glorias al nombre de Zaragoza unidas, cuéntase la de poseer el más antiguo y precioso monumento del arte cristiano que hasta ahora conocemos, donde dió bulto la escultura al vaticinio del Rey Profeta: *Tenuisti manum dexteram meam, et in voluntate tua deduxisti me, et cum gloria suscepisti me.*»

